

Artículo redactado en el marco del convenio de otorgamiento de beca de posgrado celebrado con la becaria traductora pública Silvina Lovaglio

Alma china y otras catástrofes

Lo que se gana y se pierde cuando la traducción audiovisual queda librada a las decisiones de un algoritmo

.....

| Por la traductora pública Silvina Lovaglio



Los de la generación X somos testigos de los cambios vertiginosos que la tecnología introdujo en nuestras vidas, y recordamos con cierta nostalgia las visitas a Blockbuster y la desilusión de ir al local y que la película que esperábamos alquilar no estuviera disponible, tal vez por varias semanas. Finalmente, cuando llegaba a nuestras manos una copia de cuestionable calidad y distribuida por el propio Jack Sparrow, con gran expectativa la familia se reunía frente al televisor (de tubos) y se introducía el cassette en el reproductor de VHS. Para decepción de todos, muy frecuentemente, la cinta estaba dañada justo a la altura de los subtítulos y estos no se veían, en todo o en parte.

También estábamos acostumbrados a que los estudios contrataran a los mismos actores para doblar a varios personajes, así que a menudo, si cerrábamos los ojos, escuchábamos a McGyver en más de una serie o película que transmitían Telefe, ATC, el Nueve o el Trece, las únicas opciones por bastante tiempo.

Fue realmente extraño para muchos de nosotros conocer las voces reales de actores que siempre habíamos escuchado en su versión doblada al español.

Subtítulos y doblaje fueron y son elementos casi invisibles del material audiovisual que consumimos, y el público los disfruta sin preguntarse demasiado quién está detrás de esa labor minuciosa que permite que el contenido cruce fronteras lingüísticas. Es habitual escuchar críticas cuando el trabajo no está bien hecho, porque arruina la experiencia del espectador, pero rara vez, a la salida de un cine, alguien menciona lo bien traducida que estaba la película.

La revolución digital

Sin embargo, la traducción audiovisual ha cambiado de forma radical en las últimas décadas. En los noventa, subtítular era un proceso mucho más artesanal que el actual. El material de trabajo llegaba normalmente en soportes físicos, como cintas VHS. El traductor contaba solo con un reproductor de video y Word para producir subtítulos que más tarde un técnico, con o sin conocimientos de idiomas,

temporizaba en un video que luego se copiaba y se enviaba a los cines o canales de televisión. Cualquier *software* era costoso y nada fácil de conseguir.

Con el cambio de milenio, la expansión de los formatos digitales transformó de manera profunda el panorama del subtítulado. El reemplazo de las cintas físicas por archivos digitales trajo consigo el desarrollo de programas de subtítulado sencillos de usar, varios de los cuales son de código abierto y no requieren *hardware* demasiado sofisticado para funcionar.

Muy similar fue la evolución del doblaje. Antes, todos los actores debían reunirse y pasar horas en un estudio de grabación. Hoy, cada uno graba las pistas desde su casa con un *software* accesible y un micrófono de buena calidad.

La aparición de plataformas de *streaming* aceleró aún más esta transformación. Empresas globales comenzaron a producir y distribuir contenidos simultáneamente en decenas de idiomas, lo que multiplicó la demanda de subtítulos y doblaje, y obligó a optimizar los procesos de producción. Sin embargo, la traducción y la adaptación cultural siguen dependiendo en gran medida de la intervención humana.

La irrupción de la inteligencia artificial

En los últimos años, el avance de la inteligencia artificial introdujo una nueva etapa en la evolución de la traducción audiovisual. Los sistemas de reconocimiento automático del habla pueden transcribir el audio de un video en cuestión de segundos, mientras que los modelos de traducción automática permiten generar versiones preliminares en distintos idiomas casi de forma instantánea. El problema radica en que, con el afán de la inmediatez y la gratuidad, lo preliminar termina convirtiéndose en lo definitivo.

Hoy es posible cargar un video en una plataforma digital y obtener automáticamente una lista completa de subtítulos sincronizados con el audio. La calidad... bueno, lo podemos debatir.



Estas herramientas combinan varias tecnologías, como el reconocimiento de voz, la segmentación, la alineación temporal y, en muchos casos, la traducción automática. Todo está a un clic de distancia y el resultado se obtiene en milisegundos. También es cierto que, en esos videos que inundan las redes y que hacen uso y abuso de subtítulos automáticos, más de una vez debemos recurrir a nuestra cultura general y al sentido común para saber que, cuando se dice Robert «de nito» muy posiblemente se esté hablando del célebre actor, que «alma china» suena muy parecido a «Al Pacino», o que «mi ley» normalmente no se refiere a la ley de nadie en particular, sino al presidente argentino.

Desde el punto de vista de la velocidad, el cambio es indiscutiblemente gigantesco. Un proceso que antes requería horas puede hacerse en minutos, y para los creadores de grandes volúmenes de contenido esa rapidez representa una ventaja nada despreciable.

Desde el punto de vista de la calidad, en cambio, traductores y editores tienen mucho que decir. Los subtítulos generados automáticamente pueden contener errores de segmentación, traducciones literales poco naturales o fallas de sincronización. El doblaje generado por inteligencia artificial no se queda atrás; aunque las voces suenen humanas, las pausas naturales del discurso aparecen donde no corresponden y los nombres propios o las palabras extranjeras se pronuncian de una manera que ningún actor de doblaje con experiencia usaría. Todo esto, si no se corrige, afecta la experiencia del espectador y, más bien antes que después, redundará en pérdidas económicas cuantiosas.

Un oficio en transformación

La resistencia a los cambios tecnológicos no es nueva, y la historia tiene buenos ejemplos. En la serie *1923*, de Netflix, mientras la familia Dutton pasea por el pueblo, se encuentra con un comerciante que alquila electrodomésticos. Con intriga y un poco de sorpresa por las promesas de lo que hace un lavarropas, Jack Dutton le dice al propietario del negocio que su familia no necesita nada de todo eso. Aquel les explica que esos avances les darían tiempo para hacer otras cosas y disfrutar de una vida más placentera. Para nada convencidos, los Dutton no se dejan seducir y le responden que, si alquilaran los aparatos, terminarían trabajando más tiempo para pagarlos y que sus vidas serían bastante menos que placenteras. Anécdota aparte, cien años después, nadie imagina una vida sin electrodomésticos.

A pesar de las tensiones y las resistencias, la conclusión que se repite en congresos y publicaciones especializadas es que el futuro de la traducción audiovisual no será completamente automático ni completamente humano, sino una combinación de ambos: la máquina procesará volúmenes a velocidades que ningún traductor podría igualar, y el profesional aportará el criterio que ninguna máquina ha logrado adquirir.

Si algo demuestra la historia de la traducción audiovisual es que se trata de una práctica en constante evolución, pero, si nos dejamos llevar por las predicciones de quienes desarrollan modelos de inteligencia artificial y fabrican robots, el futuro es apocalíptico y poco nos deja a los humanos de a pie. Ni Nostradamus se animó a tanto.

Con miras hacia adelante

En un mundo donde el contenido audiovisual circula a velocidades vertiginosas, aquel ritual familiar frente al televisor de tubos, con el VHS alquilado en el que los subtítulos a veces se cortaban justo en la mejor parte, tenía algo que hoy resulta casi entrañable: alguien, en algún lugar, había dedicado horas a asegurarse de que entendiéramos la historia, a evaluar qué información era relevante a la trama y cuál se podía sacrificar, a darle el matiz de comedia, suspense o terror.

Hoy, las pantallas caben en un bolsillo, el contenido está disponible en decenas de idiomas, los subtítulos se generan en segundos y el doblaje suena cada vez más plano y con un rango de expresividad notablemente empobrecido.

El resultado de esa inmediatez es también evidente, y los errores de interpretación, las equivocaciones con los nombres propios, los problemas de segmentación y de velocidad de lectura son una constante a la que el público se va acostumbrando, y dejan una sensación persistente de que algo se perdió en el camino. No la tecnología, que avanzó de maneras que ni la familia Dutton ni ninguno de nosotros podría haber anticipado. Lo que se perdió fue la certeza de que detrás de esas palabras había alguien que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Dice el refrán que lo que no se adapta se rompe, y los traductores no seremos la excepción. Tendremos que encontrar la manera de hacernos necesarios en un panorama que cambia de un semestre al siguiente, porque quién o qué realizará esta tarea en el futuro es, por ahora, una pregunta para la que ningún algoritmo tiene respuesta. ■